

¿Cómo retratar América Latina en el siglo XXI?

Martín Caparrós, *Ñamérica*, Literatura Random House, Buenos Aires, 2021, pp. 676.

Parole chiave

América Latina, ensayo, identidad

Danilo Martuccelli, Université Paris Cité, Universidad Diego Portales (danilomartuccelli@gmail.com)

Ningún otro género literario marca tanto el pensamiento latinoamericano como el ensayo: son a través de ensayos como se han escrito las más importantes interpretaciones sobre la región. Desde 1845 con el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento (1977) o el *Ariel* de José Enrique Rodó (2000), publicado la primera vez en 1900, pasando por los grandes “intérpretes de la realidad nacional” brasileña o *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz (1987), sin mencionar tantos otros. El ensayo latinoamericano ha estado marcado por la búsqueda de una identidad; por entender un subcontinente desde su “ser”; por aprehender lo que hace diferente a los latinoamericanos desde su historia, su cultura, sus procesos de colonización, sus economías.

En esta lista de ensayos, *Las venas abiertas de América Latina* del uruguayo Eduardo Galeano (1971), tiene un papel particular. Reeditado

decenas de veces desde su aparición y traducido en un sinnúmero de lenguas, el ensayo capturó, gracias a su escritura ágil y estilo narrativo, el imaginario de una época: puso al alcance de cientos de miles de lectores la tesis de la escuela de la dependencia, asociando el presente latinoamericano con su pasado. América Latina no había cesado de sufrir la explotación de su trabajo y riqueza por parte de los conquistadores españoles y portugueses, el capitalismo británico, el imperialismo estadounidense. En la dinámica entre los factores internos y externos a la hora de explicar los sinsabores de la región, Galeano le otorgó el papel decisivo a la explotación extranjera. América Latina necesitaba liberarse, por medio de revoluciones, de la dependencia.

Publicado una docena de años después de la Revolución cubana (1959), el libro sintetizó un momento de la historia y de las esperanzas políticas latinoamericanas. Pero el ensayo también está atravesado por el tema de la identidad: la de un continente vasto y rico, expoliado sin desmayo desde hace cinco siglos por fuerzas foráneas. Si el trabajo de Galeano apelaba a la revolución, su obra retrataba una Latinoamérica víctima.

El éxito del ensayo no tardó en producir interpretaciones opuestas. Puede incluso decirse que una parte – no todo – de lo que terminó tomando la forma de un renacimiento del pensamiento (neo)liberal en América Latina cruzó las lanzas con la propuesta de Galeano. La historia de la región no podía resumirse en sus dependencias y colonizaciones: era necesario reconocer, con mucho mayor ahínco, el rol que los mismos latinoamericanos habían jugado en las desventuras de sus países. El diagnóstico desplazó la responsabilidad de los fracasos hacia “adentro”. Tal vez el primer ensayo a contramano de la propuesta de Galeano fue el texto de Carlos Rangel (1976) *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Este, fustigó el síndrome del amor-odio de los latinoamericanos con los Estados Unidos y subrayó sobre todo las responsabilidades de las dictaduras civiles y militares, de los monopolios y oligopolios económicos, sobre todo las ineficiencias de los Estados. Contra todos estos males era necesario vigorizar el mercado. La idea no era del todo nueva pues a su manera ya había sido defendida por

Raymundo Faoro (2018) en *Os Donos do Poder* en 1958. Pero, ella sirvió de hilo conductor y como reacción contra la tesis de Galeano en los ensayos escritos, desde sensibilidades particulares, por Octavio Paz (1979), Gabriel Zaid (2004) o Mario Vargas Llosa (2018). El mal latinoamericano tenía un nuevo rostro: el gigantismo estatal.

Es teniendo en cuenta este telón de fondo como debe leerse el libro de Martín Caparrós, *Ñamérica*. Algunas precisiones: el estudio de Caparrós se centra exclusivamente en los países de lengua hispana, usando como emblema distintivo de este grupo la letra “ñ” solo presente en el castellano (de ahí el título de la obra y la invención del vocablo, “Ñamérica”). El trabajo de Caparrós, a pesar de su factura ensayística, es sobre todo una crónica: un documento de no ficción redactado con un estilo literario. Martín Caparros es uno de los cronistas y periodistas latinoamericanos más leído e influyente de los últimos lustros, y *Ñamérica* puede convertirse, en los próximos años, en un texto significativo dentro de la larga cadena de ensayos que buscan asir “lo que sería ser latinoamericano”, sus rasgos comunes, “lo que nos asemeja, nos une, nos reúne” (p. 21). En términos simples: Caparrós busca una vez más redefinir la identidad para lo que, sin sorpresa ni mucha novedad respecto a discusiones anteriores, sostiene que “la mezcla es la marca decisiva de Ñamérica” (p. 106).

Sin embargo, si la mezcla define la identidad ñamericana, esta identidad no define ya ni la historia ni, sobre todo, la realidad de las sociedades ñamericanas actuales. La afirmación parece banal, pero no lo es tanto. Por un lado, cuestiona la tesis de la herencia colonial (y las sombras del pasado) a la hora de entender el presente, y, por el otro, defiende al mestizaje como un imaginario de convivencia (en contra de tantas versiones identitarias esencialistas actuales). En todo caso, al disociar la realidad ñamericana contemporánea de las solas sombras del pasado, Caparrós rompe con un conjunto de clichés y tercia en el debate entre dependentistas y (neo)liberales. Lo que el autor propone es una nueva crónica de los males de la región.

Ñamérica es descrita desde otras coordenadas. En primer lugar, es un continente profundamente urbano. Lo es a tal punto que el libro

alterna capítulos analíticos y capítulos-crónicas dedicados a varias grandes ciudades de la región (Caracas, Bogotá, Buenos Aires, La Habana, Managua, México, El Alto en Bolivia, sin olvidar lo que designa como la ciudad capital de Ñamérica, Miami). No es en absoluto un descubrimiento, pero la decisión rompe de entrada con los clichés de una región bucólica o inseparable de su naturaleza. Los ñamericanos son urbanos: sus vidas – sino su destino – se juega en las ciudades.

Dentro de las ciudades, el gran teatro de la vida de los ñamericanos, se desenvuelven lo que el autor analiza como sus principales realidades, tragedias y desafíos. Para afirmar su diagnóstico, Caparrós no olvida deslindar, desde el inicio de su libro, con Galeano y su visión de un subcontinente inteligible desde su expoliación (pp. 30-31, y luego p. 510). Por contraste con esta interpretación, para el autor es evidente que “hoy el continente es otro” y que los habitantes de Ñamérica han cambiado mucho en las últimas décadas. Su mirada se construye como una crónica de la vida cotidiana y retrata nuevas dimensiones.

Las desigualdades: Ñamérica es el subcontinente más desigual del planeta, lo que hace que todos los países sigan siendo sociedades partidas. La violencia dejó ser principalmente política y se volvió empresarial: buen año, mal año, poco más del 40% de los crímenes a nivel mundial, fuera de zonas de guerra, se produce en la región (que solo tiene el 5% de la población del planeta). Las migraciones: un continente que expulsa aceleradamente habitantes – en 1990 había 12 millones de migrantes, en el 2020 eran 3 veces más, 30 millones – y que ha hecho de las remesas, sobre todo en Centroamérica, un factor decisivo de las economías nacionales. Un subcontinente siempre condenado a las exportaciones de las materias primas, lo que complejiza la frontera entre gobiernos conservadores y progresistas en los últimos lustros. Sociedades invadidas, en su cotidianidad más ordinaria, por el poder destructor de las drogas: corrupción institucional, asesinatos, inseguridad urbana sobre todo en los barrios populares, emergencia de una narcocultura que trastoca los valores colectivos. “La pobreza de tantos” (p.632), la sombra del hambre – a la que Caparrós dedicó todo un ensayo en el 2014 –, la persistencia de la incapacidad del Estado en

socorrer a sus habitantes como lo volvió a mostrar la pandemia del covid-19. A pesar del aumento de agnósticos, la permanencia y la mutación de las creencias religiosas, las que siguen definiendo un continente creyente con marcada impronta católica (“somos católicos (...) ninguna idea del mundo ha tenido más influencia sobre nosotros”) (p. 363). El machismo omnipresente en las relaciones sociales y que el feminismo ñamericano combate desde coordenadas propias denunciando los feminicidios o el acoso, reclamando el derecho al aborto o al matrimonio igualitario – Argentina fue el segundo país en el mundo en reconocerlos.

Caparrós es consciente de lo oscuro de su visión. Para persuadir al lector de la justicia de su mirada señala no solamente el poco peso de la región en el mundo, sino su peso económico decreciente. A la hora de la tercera, cuarta o quinta revolución industrial, Ñamérica sigue siendo un conjunto de países divididos exportadores de materias primas. El autor insiste también en los sinsabores de la vida política regional con sus cíclicas esperanzas perimidas y la renovación o mantenimiento de sus grandes problemas. Caparrós no confunde el pesimismo con el realismo, pero su visión de la realidad ñamericana es profundamente pesimista.

No es la primera vez, por supuesto, que América Latina, el subcontinente depositario de las grandes ilusiones europeas desde el siglo XVI, es descrita de manera tan sombría. Cíclicamente, estas representaciones retornan y capturan el imaginario, empezando por la honda desilusión de Bolívar tras la independencia a comienzos del siglo XIX. En años recientes, el sentimiento de fracaso colectivo afloró otra vez con fuerza en la denominada “década perdida” de 1980 antes que el super ciclo de las commodities (2002-2014), impulsado por el voraz consumo de materias primas en China, relanzara las economías de la región. El libro de Caparrós expresa la frustración contemporánea de los ñamericanos: el subcontinente no solo no ha superado sus dificultades pasadas, sino que se enfrenta a nuevos y dramáticos desafíos.

Dentro de este panorama, sobresale por contraste lo que Caparrós rescata: el pop latinoamericano. Un símbolo lo resume: el éxito

planetario de la canción “Despacito” en el 2017. Pero también aquí, las sombras aparecen. No solo esta producción está bajo la égida de la industria cultural estadounidense, sino que a pesar del atractivo cultural ñamericano en el mundo (“su peso cultural es gozosamente desproporcionado”) (p. 487), lo que vehiculan las industrias culturales no se aleja demasiado del retrato que de Ñamérica ha propuesto el autor: historias de narcos sanguinarios, canciones “con ritmo, violencia, carne, calor y calentura” (p. 518).

Todo lo que Caparrós cuenta y expone en su libro es ampliamente conocido por las ciencias sociales. Pero la importancia de su ensayo-crónica no se reduce a un trabajo de vulgarización, incluso si la firma del autor permitirá, a pesar de lo voluminoso del libro, una circulación de estas tesis más allá de un público especializado. La significación de *Ñamérica* es de otra índole. Si formula, una vez más, la dinámica de un subcontinente que no cesa de oscilar entre las utopías, propias y ajenas, y las frustraciones y desencantos siempre muy propios, esta vez la mirada cambia sustancialmente el eje del análisis. El proyecto busca construir, desde las vivencias de sus habitantes, la identidad actual de los ñamericanos. Los héroes de la crónica de Caparrós son las individualidades comunes de tantos ñamericanos; en su intento por aprehender la identidad de la región, el autor desplaza la mirada del campo a las ciudades y se centra en las experiencias urbanas.

Caparrós se sirve de la crónica para pensar lo que define y reúne hoy al subcontinente. Más allá de los temas seleccionados, más allá del pesimismo y la frustración que afloran en tantas de sus páginas, más allá de su estilo particular (que cada cual juzgará desde sus propios criterios estéticos), lo que tal vez mejor define el esfuerzo y el interés del libro es el protagonismo que se le otorga a los ñamericanos. Aquí está, tal vez, la verdadera novedad del texto: la identidad ñamericana no se define desde el pasado colonial, la dependencia económica y el imperialismo (como lo afirmó Galeano) o los proyectos (neo)liberales trancos de sus élites. Lo que asemeja, une y reúne a Ñamérica se encuentra en la vida misma de los ñamericanos. Rara vez se le había otorgado en la región a las existencias individuales un tal protagonismo analítico.

Riferimenti bibliografici

Faoro, R.
2018, *Os Donos do poder*, Editora Globo,
Rio de Janeiro (1958).

Galeano, E.
1971, *Las venas abiertas de América
Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Paz, O.
1987, *El laberinto de la soledad*, F.C.E,
México (1959).
1979, *El Ogro filantrópico*, Seix Barral,
Barcelona.

Ranger, C.
1976, *Del buen salvaje al buen revolucio-
nario*, Monte Ávila Editores, Caracas.

Rodó, J. E.
2000, *Ariel*, Alicante, Biblioteca Virtual
Miguel de Cervantes (1900).
Sarmiento, D. F.
1977, *Facundo*, Biblioteca Ayacucho,
Alicante (1845).

Vargas Llosa, M.
2018, *El llamado de la tribu*, Alfaguara,
Santiago.

Zaid, G.
2004, *El progreso improductivo*, El
Colegio Nacional, México (1979).